



FEBRERO

En el mes de Enero anterior, al principiar el tercer tomo de esta Revista, hicimos una breve reseña del mismo, considerándole rápidamente bajo el aspecto etimológico, astronómico, religioso é histórico, y, proponiéndonos continuar esta tarea en los sucesivos, nos corresponde hoy tratar del mes de Febrero.

Tampoco este existia entre los Romanos hasta que Numa Pompilio le añadió con el de Enero al calendario de Rómulo.

Con respecto á su etimología, hay opiniones diversas. Unos hacen derivar su nombre de Februs, deidad que presidia á las purificaciones, que durante él eran costumbre establecida: algunos hácenle originario del Dios Februs; y otros en fin le consideran dimanado de la Diosa Juno, á quien se daba el nombre de Dea Februa.

Los antiguos representaban al mes de Febrero bajo la figura de una mujer vestida con una larga túnica, teniendo á su lado una ave acuática, de la que brotaba agua á raudales, como para

significar las copiosas lluvias de este tiempo.

Célebre era este mes entre los Romanos por las muchas fiestas y regocijos públicos á que se entregaban con las diversas denominaciones de las lucanas, las faunales, las lupercales, las quirinales, las carisbias, etc., instituidas todas en honor de la antigua hospitalidad.

El sol entra en este mes en el signo de *Piscis*, representado por dos peces, sin duda para denotar la proximidad de la pesca.

Si consideramos Febrero bajo el punto de vista religioso, nos ofrece la festividad que hoy celebra la Iglesia, la imagen de aquel niño feliz, presentado por el Salvador á sus discípulos como modelo de santidad y de suma perfeccion: aquel jóven dichoso, dirigido despues por el gran Evangelista: aquel hombre en fin, que consagrado siempre á la piedad cristiana, celoso maestro del que solicitaba su consejo, y constante compañero del enfermo y del menesteroso, elevado á

la alta dignidad de Obispo de Antioquía, observó sin interrupcion una vida digna de ser imitada. Pero el Emperador Trajano, enojado de verle profesar publicamente la fé de Jesucristo, arrebatando al gentilismo multitud de almas, le hizo prender y le condenó á muerte arrojándole á los leones, que le ahogaron sin dilacerar sus carnes en lo mas mínimo.

Con relacion á los hechos históricos, numerosísimos son en verdad durante el mes que nos ocupa, descollando entre los mas notables la apertura del Concilio III de Toledo, en que los Godos abjuraron el arrianismo en 589.—La muerte del monarca D. Ramiro I, ocurrida en Oviedo en 850.—La toma de la plaza de Damietta, conquistada por los cruzados en 1120.—Triunfo de D. Alfonso VII contra los moros en las llanuras de Albacete en 1146.—Derrota de los Condes de Foix y de Castellbó en Urgel en 1204.—Nacimiento de D. Jaime I, el Conquistador, en 1208, y sus esponsales con doña Leonor en

1221.—Sitio de Alcaudete por Mahomet en 1408.—Nacimiento del ilustre Cardenal Jimenez de Cisneros en 1436.—El mismo coloca la primera piedra en la Universidad de Alcalá en 1498.—Nace en Gante el Emperador Carlos V en 1500; coronado como Rey de Lombardía en Milán en 1530.—Nace el vencedor de Lepanto D. Juan de Austria en 1545.—En Barcelona la ilustre Doctora Juliana Morell en 1594.—Muerte del famoso pintor español Juan Bautista del Mazo en 1687, y la del Conde de Campomanes en 1802.—Entrada del ejército de Napoleon I en Barcelona en 1808.—Batalla de Peñafiel en 1810, y la del General Ballesteros en Fregenal de la Sierra en 1811.—Sitio de Tafalla en 1813.—Entrada del General Mina en Jaca, ocupada por los franceses en 1814.—Muerte del poeta Larra en 1837.—Toma de Tetuan por las tropas españolas en 1860.

Madrid 1.º de Febrero de 1871.

M. J. PASCUAL.

ÉJÉRCITO ESPAÑOL



ARTILLERÍA DE MONTAÑA



ARTILLERÍA RODADA

DEBERES PARA CON LOS ANCIANOS, LOS ENFERMOS Y LOS POBRES

LOS ANCIANOS. El sentimiento de respeto y las consideraciones para con la ancianidad han enaltecido á muchos pueblos y enaltecen al hombre. Puede decirse que aquel sentimiento es el origen de la sociedad, reunion de familias, cada una de las cuales tiene su jefe en el anciano.

La edad avanzada, en compensacion de las molestias que la cercan por achaques, por debilidad de los sentidos, por torpeza de movimientos y por la mayor probabilidad de la cercanía de la muerte, tiene el justo privilegio del prestigio, del respeto y de los cuidados de que debe ser objeto. Hagámoslo bien con los viejos y lo harán bien con nosotros si Dios nos concede vivir largos años sobre la tierra. Huyamos, sobre todo, de mofarnos impiamente de la vejez, por mas que

suela presentarse á nuestros ojos caprichosa, exigente, ó un tanto repulsiva á veces, considerando que estas cualidades, cuando existen, no son hijas de la voluntad, sino del estado de disolucion de una naturaleza gastada por la edad y tambien muy á menudo por servicios y trabajos en pro de la familia y de la pátria. ¡Niños! Quered y venerad á los ancianos que son en el mundo la imagen de DIOS CRIADOR.

LOS ENFERMOS. Nunca podrá en carecerse bastantemente cuán obligados estamos á asistir con esmerado cariño á los enfermos. Cumplimos así una de las obras de misericordia; tal vez aquella de cuyo cumplimiento quedamos mas satisfechos. Hasta puede haber en elló un asomo de sentimiento egoista, un tanto justificable,

si es que el egoismo puede serlo alguna vez; el deseo de no vernos desamparados si nos vemos afligidos con la privacion de la salud, el bien material mas precioso de que nos es dado gozar en el mundo perecedero.

En cuanto á nuestras familias y amigos no es menester esforzarse mucho en dictar reglas de conducta á los que tienen el deber de asistir y cuidar de los enfermos. Son escasas por fortuna las gentes desalmadas que ven impasiblemente los sufrimientos de los suyos; pero respecto á los extraños, la caridad nos manda que tambien procuremos su alivio y consuelo en cuanto de nosotros dependa, sin consideracion á que las sociedades regularmente organizadas poseen asilos para los enfermos pobres. La beneficencia oficial no es ni puede ser tan eficaz como la solícita misericordia individual, que además, como he dicho, es precepto divino.

Muchas de las dolencias que afligen á la humanidad son repugnantes y aun asquerosas; otras, como las epidemias, infunden un sentimiento de pavor. Mientras mayor sea el esfuerzo para vencer la repugnancia y el miedo, tanto mayor será el mérito del vencimiento. Si sucumbimos en la asistencia de los enfermos, lo haremos cumpliendo con las prescripciones de la caridad y DIOS REMUNERADOR nos lo tendrá en cuenta. Consideremos siempre, que si estuviésemos en el caso de los infelices enfermos ó apestados, cosa la mas probable del mundo, desearíamos que se hiciese con nosotros lo que por ellos hacemos.

Los que están dolientes suelen enfadarse y mostrar un carácter ágrío y regañon, hasta el punto de rechazar á

veces con malos modales á las personas que los asisten. Esto es efecto de la enfermedad y de seguro una molestia para los mismos enfermos, quizá superior á sus padecimientos físicos. Téngase esto en cuenta para redoblar el cuidado y el interés en vez de enfadarnos tambien con el desdichado que sufre de cuerpo y de espíritu. Casi siempre la dulce paciencia y la ingeniosa solicitud del asistente modifica este carácter transitorio del enfermo y obra en su restablecimiento.

Poco hay que decir relativamente á nuestros deberes con el moribundo. El horror á la muerte tiene su límite en la caridad. Jamás se debe abandonar al que se halla en la hora suprema del tránsito de la vida terrena á la vida inmortal. Si reflexionamos que es un trance inevitable que todos hemos de arrostrar muy en breve, en vez de horror, tendremos en la muerte agena motivos de contemplacion provechosa. Entre tanto, procuremos por nuestra parte que el que se halla agonizante á nuestra vista deje este mundo con la tranquilidad posible y reconciliado con Aquel que de allí á pocos momentos le ha de juzgar. Déjense cierta clase de mundanas consideraciones para los tibios ó indiferentes y seamos fieles á nuestra ley.

LOS POBRES. La mayor parte de lo que se acaba de decir respecto á los enfermos es aplicable á los deberes para con los pobres.

Por bien organizado que esté un país es inevitable en él la pobreza, porque es imposible que las naciones y los gobiernos puedan parar los golpes imprevistos de la mala fortuna de algunos hombres ó familias.

No es la verdadera pobreza la que

en la vía pública tiende la mano para implorar socorro, y aunque digna de lástima la mendicidad de oficio, no es la mas acreedora á la piedad. La miseria escondida, el infortunio de los que habiendo estado bien se ven reducidos á ella; la del honrado artesano ó labrador á quien falta trabajo; la de aquel á quien una enfermedad postra en el lecho, privándole al mismo tiempo de la salud y de los medios de proveer á la subsistencia de su pobre familia; la del niño abandonado; la del huerfanito desvalido; la de la honesta doncella, á quien no bastando el trabajo de sus manos, no tiene ante la vista mas que el hambre ó la deshonra: estas calamidades de nuestros hermanos no se exhiben, y es un deber imperioso del que de humano y cristiano se precia; buscarlas en sus oscuros retiros. Porque no hay que hacerse ilusiones ni buscarse disculpas; todos los gastos supérfluos que en el mundo se hacen, que no son pocos; todo lo que la vanidad se lleva, todo lo que guarda la indigna avaricia, que no es la prudente economía, son usurpaciones que se hacen á los pobres honrados; á los que lo son, no por la holganza ó los vicios, y aun en este caso, la sociedad, que tiene el derecho de alejar á los vagos y viciosos á donde no sean miembros corrompidos de ella, tiene el deber de proteger á sus desdichadas familias, inocentes de las faltas de sus jefes.

La filantropía es realmente una cosa buena, segun la etimología de la palabra: *amor al hombre*. Pervertido como está su sentido, ha llegado á ser una especie de beneficencia depresiva de la dignidad humana, ya se ejerza oficial, ya colectiva, ó ya individualmente. La caridad cristiana es el verdadero consuelo del desvalido; la caridad se afana buscándole, sin humillarle.

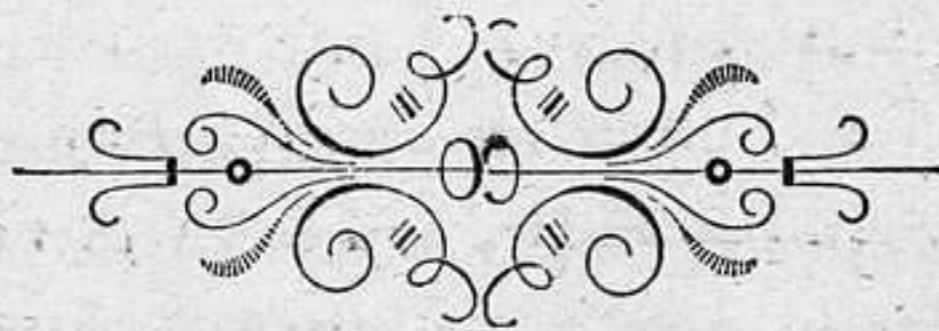
El verdadero cristiano y el que, por tanto, ama á su prógimo, debe tener siempre en la memoria, que cuando se alimenta, hay muchos séres humanos que carecen de sustento; que cuando se abriga, hay hermanos nuestros desnudos; que cuando descansa, hay pobres que no tienen donde reclinar su cabeza; que cuando se divierte, hay muchos que gimen; que cuando rie, otros lloran, y todos son hijos de Dios; todos tienen un alma inmortal como nosotros y todos tal vez son mejores que nosotros.

No olvidemos, por último, que el ejercicio de la misericordia es una obligacion impuesta por nuestra santa ley y que tiene el incomparable mérito de llevar consigo la recompensa.

¡Niños míos! Bueno es el aprender y el saber; sed aplicados, pero que se os grave en el corazon esta máxima del gran San Agustin: «*Amad la ciencia, pero anteponed á ella la caridad.*»

M. CABALLERO DE RODAS.

(De un libro inédito de educacion.)



CRESO Y SU HIJO



Creso, rey de Lydia, era un soberano muy poderoso; tan rico era que él mismo no pudo saber nunca la suma total de sus riquezas. Por eso, hoy mismo, cuando se habla de un hombre muy rico, se dice:—Es un Creso.—Pero siempre han abundado poco los Cresos en el mundo.

En medio de su opulencia, Creso era muy desgraciado; atormentábale un agudo dolor, el de que su hijo único, su querido Atys, era víctima de la más triste enfermedad: era mudo.

El desventurado padre había probado todos los medios posibles para conseguir que su hijo lograra el uso de la palabra, el más bello don de los que Dios ha concedido al hombre, aunque de él hacen tan mal uso muchos; pero todos sus esfuerzos habían sido inútiles; ya tenía Atys quince años y aun no había podido articular una palabra.

No era sordo, como lo son ordinariamente los mudos; por el contrario, tenía un oído muy fino, pero no podía expresarse más que con la mirada y el gesto.

¡Y qué expresiva era aquella mirada! Revelaba el alma más tierna, más pura y más generosa. Atys era adorado por todos los que le conocían. La llama de la inteligencia animaba toda su fisonomía, y su valor y su prudencia eran muy superiores á su edad. Amaba apasionadamente á su padre y complacerle era su único y constante deseo.

Su padre, viéndole adornado de tan notables prendas, de tantas cualidades nobles y amables, se afligía más y más, y muchas veces, después de ha-

berle prodigado sus caricias, se encerraba en su aposento á llorar amargamente, pensando que con todas sus riquezas y poder era más infeliz que un mendigo.

Atys le consolaba con dulces caricias y tiernísimas miradas, con las que parecía que le quería decir:—«No, nuestra desgracia no es irremediable, y día vendrá en que la voz del hijo venga á halagar dulcemente el oído del padre. Esperemos.»

Este día llegó, pero ¡en qué tristes circunstancias!

Estalló una terrible guerra. El rey de los Persas, Ciro, con su ejército inmenso invadió la Lydia. Creso, á la cabeza de sus tropas, marchó al encuentro de aquel implacable conquistador.

Fué vencido y huyó perseguido hasta su misma capital, donde se encerró; allí luchó contra los soldados enemigos que intentaban penetrar en la ciudad y en su mismo palacio, como al fin lo consiguieron por la superioridad del número. Atys estaba al lado de su padre batiéndose bravamente. En aquel momento supremo, todo su anhelo era defender la vida de su padre, sacrificando la suya. Pero todo esfuerzo era ya inútil. Creso cayó en tierra rendido, y un soldado persa precipitose sobre él, levantando el hacha.

Atys lanzó un grito, grito inarticulado terrible, pero inútil... ¡Oh! ¡si pudiera hablar, si pudiera decir que aquel es su padre!...

Sabia que Ciro había mandado que

se respetase la vida de Creso; una palabra salvaria á su padre, y esa palabra no la podia pronunciar. Intentó por señas hacer comprender al soldado que el vencido es el rey; pero el soldado, en su ardor y en medio de aquella horrible matanza, no hacia caso de sus señas. y ya iba á descargar el hacha sobre Creso...

Atys, en aquel momento, con una fuerza sobre humana, salta y detiene el brazo del soldado. ¿Qué pasaria en el alma de aquel hijo, en aquel instante? Dios solo pudiera esplicarlo; pero en un momento rápido como el rayo, sus ojos centellearon, todo su cuerpo se agitó, contrajéronse los músculos de su rostro y de su boca, hasta entonces muda, salieron estas palabras claramente articuladas:

—¡Es Creso! ¡no mates á Creso!

El soldado arrojó el hacha y cumpliendo el mandato de Ciro, respetó la vida del rey vencido.

Desde aquel dia, Atys conservó el uso de la palabra.

Lo que el oro y el poder de un gran rey y todo el arte de los médicos más famosos no habian podido hacer, lo consiguió la piedad filial, premiada por Dios con aquel beneficio en tan supremos momentos.

Ciro, enterado del suceso, se conmovió profundamente y trató al rey vencido con benevolencia, dejándole conservar una gran parte de sus tesoros y su hijo Atys, que era el mayor tesoro del atribulado padre, que ya no sintió haber perdido la corona.

EJÉRCITO ESPAÑOL



GUARDIA CIVIL.—INFANTERÍA



LOS SABOYANOS



Saboyanitos del alma,
Niños sin patria ni hogar,
Que hallais ilusorio abrigo
Bajo un lúgubre portal;
Y en él al doblar las noches,
Os guareceis con afán,
Caritas rubias y pálidas,
¡Cómo me haceis meditar!
¡Hermanos son! Los ha unido
El dolor y la amistad.
¡Vedlos! Junto al arpa mísera
Recostado el niño está,
Y del violin desacorde
La niña es fiel guardian.
No duermen! los desgraciados,
No pueden mas que soñar....
¡Ah! cuántas cosas me dice
Vuestro rostro angelical!
¡Ah! cuánto dolor callado
Se revela en vuestra faz!
De la vida en el problema,

Vuestra mision ¡cuál es, cuál?
Desde los campos de Italia,
La codicia os fué á arrojar
A estas grandes poblaciones
A mendigar vuestro pan;
Desde el sol de vuestra a ldea
Al fango de la ciudad...!
Peregrinos sois del hambre;
Pronto el calvario empezais!
Muchas veces ni hay quien quiera
Vuestra música escuchar,
Y del violin y del arpa
En vano el concierto dais,
Que parece, mas que fiesta,
Vuestro propio funeral.
En tanto vuestras caritas
Las azota el huracan,
Y por vuestras rotas prendas
La lluvia empieza á filtrar,
Y á los saboyanos nadie
Socorre en su soledad...!

.....

 ¡Ah! si acaso habeis amado
 Á alguna infantil beldad;
 Si guardais de un niño muerto
 La memoria de pesar;
 Si teneis hijos del alma
 Á quienes el alma dais...,
 Junto á esos pobres cantores
 Venid conmigo á llorar;
 Que son limosnas de lágrimas
 Las que ante Dios valen más.
 Y si es que su tosca música
 No logra haceros parar,
 No cerrareis vuestra bolsa,
 Cuando mireis su ademan!—

Lo que el arte no consiga
 Lo obtendrá la caridad!..
 Yo en tanto, siempre que vuelva
 Ante ese grupo á pasar,
 Tambien volveré con él
 Á ejercer la caridad;
 Tambien volveré con lágrimas
 Á dar vado á mi pesar;
 Y tambien á repetir
 Mi pobre voz volverá;
 —Saboyanitos del alma,
 Niños sin patria ni hogar,
 Quedad con Dios, saboyanos.
 Y que Él os guarde de mal.

R. MOLY DE BAÑOS.



El premio de haber sabido la leccion.

LO QUE MAS VALE

I.

¿A que no adivináis, mis queridos niños, cuál es la cosa de más valor entre todos los dones que Dios concede á sus criaturas, aquella de que menos aprecio y estimacion hace la generalidad de los hombres, aquella cuya pérdida con nada puede repararse, y cuyos beneficios se estienden por igual á todos, absolutamente á todos los seres creados?

Pues nadie, sin embargo, mejor que vosotros tiene á su disposicion el rico tesoro de ese don inestimable, nadie mejor que vosotros puede aprovechar sus inmensos beneficios y, sin embargo, es lo más probable que no hayais fijado vuestra atencion en el precioso tesoro que inocentemente derrochais, prodigando á manos llenas esa riqueza de incalculable valor, que al fin ha de agotarse, y que en vano pretendereis recuperar cuando conozcais que la habeis perdido.

De seguro que vuestra inocente curiosidad arde en la más viva impaciencia porque os revele dónde está ese rico tesoro de que acabo de hablaros, asegurándoos que lo teneis á vuestra disposicion, y por más que volvais la cabeza á un lado y á otro no lo encontráis ni vuestras miradas alcanzan á descubrirlo. No os molesteis, mis queridos niños, que por más que vuestros ojos escudriñen todo el espacio que os rodea, no han de fijarse en lo que con tanta diligencia buscáis, á pesar de que en todas partes está, y nunca su compañía os abandona. Tampoco yo he de deciros lo que es, así de pronto, y sin daros antes lugar á que reflexio-

neis y ensayéis vuestra rica y poderosa imaginacion en buscar la solucion de eso que parece enigma ó charada y que sin embargo, está al alcance de las inteligencias más humildes.

Mientras tanto, y para daros tiempo de que recorriendo vuestra memoria y reuniendo los indicios que puedan conducirnos á la averiguacion de ese enigma, acerteis con su solucion, voy á distraer vuestra impaciencia con un cuento que si no viene á pelo, yo lo traeré por la melena para que ayude á mi propósito.

II.

Hubo allá en tiempos remotos un poderoso rey de dilatados y ricos dominios, tan estensos segun fama, que necesitaba seis meses para recorrer la línea de sus fronteras corriendo sin descansar al galope de su caballo. Este rey tuvo dos hijos; al primogénito, como era natural, le dejó al morir el señorío de todos sus estados, los magníficos palacios que poseia y á más de eso los inmensos tesoros de dinero y pedrería que habia acumulado; al segundo porque habia tenido la desgracia de nacer algo más tarde, no le dejó más herencia que su bendicion, pero como esta tambien se la habia legado al mayor, resultó que la particion entre los dos herederos no fué la más equitativa. Este príncipe segundon, que se llamaba Lotario, era un jóven de excelentes prendas, de mucho juicio y de notable ilustracion; pero no dejó de afligirle el abandono en que le habia dejado su padre, que hasta se olvidó de señalarle una modesta renta para su ma-

nutencion, y que le dejaba á espensas de la generosidad de su hermano, que por cierto no era mucha, pues desde niño mostró inclinaciones hácia la avaricia y la sordidez.

Lotario encontró sin embargo consuelo, primero en su propia virtud y grandeza de ánimo, y despues en la proteccion de su anciano padrino, que era el hombre mas sábio entre todos los sábios y filósofos de aquellos reinos, y eso que habia muchos y muy famosos. El viejo padrino de Lotario se llamaba Saturnino, y era tan viejo que los mas ancianos del país, no se acordaban de haberle visto nunca jóven; ni siquiera cuando ellos eran niños; es mas, habian oido á sus padres hablar con veneracion de Saturnino el viejo: nadie sabia ni aceptaba á calcular la edad de este sábio varon, y entre el vulgo corria el absurdo rumor de que habia encontrado el secreto de la inmortalidad y de que tal vez tendria ya mas de trescientos ó cuatrocientos años.

Esta seria sin duda una exageracion, pero lo cierto es que además Saturnino pasaba por un gran mágico, y que de su poder se contaban maravillas: decíase que él desvanecia cuando queria las mas horrorosas tempestades, que en su laboratorio fabricaba oro y diamantes, fundiendo tierra en sus retortas, que por las noches cabalgaba en las nubes, y que en ocasiones devolvió la salud á enfermos desahuciados que luchaban ya con la agonía.

Este anciano de antecedentes tan misteriosos, que además de haber sido el padrino de Lotario, habia sido tambien su maestro desde la niñez, fué el que acudió á consolar en su

desamparo al jóven príncipe despues de la muerte del rey su padre, que le dejaba reducido á tan precaria situacion.

—Puesto que tu padre con notoria injusticia te ha olvidado en su testamento, le dijo, y todos sus dominios y todas sus riquezas los ha dejado á tu hermano, de cuya generosidad no puedes esperar ningun beneficio, yo procuraré resarcirte en parte de su censurable abandono, haciéndote un presente que si tu discrecion lo sabe aprovechar, ha de servirte de más utilidad que las mayores riquezas que pudieras haber heredado.

Grande fué la curiosidad que se despertó en el alma de Lotario por ver cuál era el precioso regalo que Saturnino le prometia, y al cual daba el anciano tanta importancia. Presentose éste al dia siguiente en su casa y sacó de debajo de su manto un objeto raro que llevaba y cuyo uso no pudo al pronto adivinar el príncipe. Era un vaso de cristal de una forma muy parecida á un fanal de regular altura, cerrado por arriba como todos los fanales y por debajo igualmente con un suelo tambien de cristal que formaba con el vaso una sola pieza: estaba este vaso extraño casi lleno de un licor rojizo y transparente parecido al vino y toda la circunferencia del fanal estaba llena de líneas horizontales y paralelas trazadas con una tinta muy negra y distantes una de otra no mas que el canto de una peseta.

—Mira este vaso, dijo Saturnino á su discípulo: este licor de que está casi lleno es tu vida: cada dia que pase advertirás que su nivel baja una de estas líneas menudas trazadas horizontalmente en negro: la parte de

arriba que como ves está ya vacía, es la parte de tu vida que ya ha transcurrido. Cuando bajando poco á poco el líquido llegue á la última línea trazada junto al fondo del vaso y este por último quede vacío, tu existencia habrá terminado irrevocablemente; aquel día será el de tu muerte. Conserva este vaso en un lugar privilegiado donde siempre le tengas á tu vista, donde puedas ver todos los días cómo ha descendido una línea más, y puedas calcular cuántos son los que te restan y cuán grande es el valor de los que pasan.

En cuánto estimó Lotario el presente de su maestro Saturnino es inútil que yo lo pondere. Colocó el precioso vaso, emblema de su existencia, encima de una mesa que tenía en su gabinete, en frente precisamente de la puerta de su alcoba y en donde necesariamente había de verlo todos los días. Contó las líneas que había ya en claro y desalojadas del líquido encarnado y halló que eran tantas como los días que contaba de vida: al día siguiente de tener en su poder el precioso fanal, observó que el líquido había bajado en efecto otra línea, y en los días sucesivos hizo igual observación.

Desde entonces Lotario pudo apreciar en todo su valor el que en realidad tienen los días que se deslizan sin que nos apercibamos de ello y pudo calcular día tras día, año tras año, cuánto era el espacio que le separaba del término de su existencia. Teniendo como tenía á la vista lo irreparable que era la pérdida de cada uno de los días que iban transcurriendo conoció el inmenso valor de ellos y en adelante procuró no desperdiciar ni una sola

hora de las que la bondad infinita de Dios le había concedido. Habitado á estos pensamientos, tanto cuidado puso en aprovechar su tiempo que lo reparó metódicamente, y le parecía una falta gravísima el no dar un empleo útil y beneficioso á cada una de las horas del día.

Cada noche al tiempo de acostarse y mirando melancólicamente el vaso que encerraba su existencia se preguntaba.—¿Qué he hecho yo hoy que puede serme útil y que me pruebe que no he malgastado uno de esos días que tengo contados?—Y trayendo á su memoria sus trabajos del día y los que para el siguiente dejaba preparados se dormía tranquilo.

Siguiendo este sistema, Lotario llegó á ser rico, muy rico y muy estimado además de cuantos le trataban y que veían en él un hombre sábio y prudente. Saturnino le visitaba á menudo; jamás sin embargo volvió á hablarle del vaso maravilloso que le había regalado.

Cuando Lotario, trascurridos muchos años vió llegar á la última línea el licor rojizo, símbolo de su existencia, conoció que había llegado el término de esta, pero se consoló con la dulce satisfacción de que había aprovechado con utilidad todas las horas de su vida, y dejaba á sus hijos, que eran numerosos, suficientes riquezas para que pudieran proporcionarse una existencia regalada. Murió pues, tranquilo y feliz. El viejo Saturnino le asistió con cariño en sus últimos instantes y cerró piadosamente sus párpados luego que espiró. Se conoce que el vaso que contenía la vida de aquel viejo incomprensible tenía más altura que la giralda de Sevilla. Efectivamente,

aquel anciano era el TIEMPO en cuya vida está contenida la de todos los seres animados que en el transcurso de los siglos se suceden de generacion en generacion.

III.

Verdaderamente es una cosa sensible en extremo el que á todos los mortales no se nos entregue un vaso como el que Saturnino regaló á su discípulo Lotario, para que podamos apreciar el valor de los dias señalados á nuestra existencia, pues si lo tuviéramos, pondríamos todo nuestro cuidado en no malgastar ninguno de ellos.

Pero á falta de ese vaso, nuestro juicio y discrecion debe suplir su ausencia. Sabemos, en efecto, que nuestra vida ha de tener un límite; sabemos que el dia que acaba de pasar no lo recobramos á ningun precio, y que si lo hemos malgastado, esa falta gravísima no puede resarcirse, lo único que puede hacerse es enmendarla para en adelante. ¿Qué más necesitamos?

Acordándoos de Lotario, mis queridos niños, debeis preguntaros cada noche al tiempo de acostaros:—«¿Qué he hecho yo hoy que pueda servirme de utilidad y que me pruebe que no he malgastado uno de los dias que me quedan de existencia y que están contados?» Y antes de dormiros en el sueño de la inocencia, repasad vuestra memoria, mirad si habeis estudiado la leccion diaria, si habeis seguido las instrucciones de vuestros padres: arrepentíos si habeis malgastado algunas horas dejando para despues lo que debíais hacer entonces, y con ese sistema os habituareis á apreciar en cuanto vale el más precioso tesoro que

teneis á vuestra disposicion, el *tiempo* que se desliza traidoramente sin que lo sintamos huir, llevándose á cada hora que marca el reló una de las de nuestra existencia, que están contadas, si, están contadas, por más que nosotros ignoramos cuántas son las nos quedan.

Ya habeis adivinado la solucion de mi sencillo enigma; ya habeis conocido que ese tesoro de inestimable valor que Dios ha prodigado á todas sus criaturas, aunque señalando una tasa á su liberalidad, es el tiempo, esa cosa impalpable que se desliza sin cesar minuto tras minuto, hora tras hora, dia tras dia, año tras año, sin volver jamás sobre sus pasos. En nuestra mano le tenemos, de sus beneficios podemos aprovecharnos, y sin embargo, acostumbramos á hacer tan poco aprecio de él, que le malgastamos descuidadamente, como si el manantial que de él nos surte hubiera de ser inagotable. No lo es, hijos míos, tiene para nosotros un término que está marcado de antemano de una manera irrevocable. Pedidle al sol que cuando llegue á tocar en su ocaso, retroceda en su carrera marchando de nuevo hácia el Oriente y os cansaréis en vano, porque pedireis el mayor de los imposibles: pedidle al dia que se estingue que principie de nuevo, á la bugía que se ha consumido que renazca y se reconstruya, al fulgor del relámpago que rasga la nube, pedidle que no se apague, y pedireis un despropósito. El dia que pasa no vuelve, la hora que se pierde no se recobra. Conoceis ya el inmenso valor del tiempo: sed avaros en el modo de emplearle.

PEDRO DOMINGO MONTES.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

Haz lo que dices, di lo que haces. — Siguiendo esta máxima, se puede ir siempre con la cabeza muy erguida.

La amabilidad es en muchos casos la moneda falsa de la bondad. Esta es siempre amable; para ver aquella es bondadosa o friena.

La antipatía es muchas veces envidia disfrazada Aug. de Ochoa.

El eminente literato cuyo autógrafo publicamos hoy, nació en Lezo (Guipúzcoa), el 19 de Abril de 1815. Hizo sus primeros estudios en Madrid,

bajo la dirección del sábio Lista y los continuó en París en la *Escuela de artes y oficios*. Regresó á España en 1834, por haber sido nombrado oficial

de la redaccion de la *Gaceta de Madrid*. Publicó en aquella época varios trabajos literarios, siendo los más notables una magnífica traduccion de *Nuestra Señora de París*, de Victor Hugo, una novela original titulada *El Auto de Fé*, y una traduccion en verso del *Hernany*. Tambien por entonces fundó *El Artista*, en colaboracion con D. Federico Madrazo.

Volvió á París en 1837, y consagrado allí exclusivamente á las letras, publicó una infinidad de obras, originales unas, traducidas otras, pero todas útiles é instructivas. El *Catálogo razonado de los manuscritos españoles existentes en aquellas bibliotecas públicas*, que le fué encargado por el gobierno francés; un tomo de poesías titulado *Ecos del alma*; la voluminosa *Coleccion de autores españoles*, de que es editor Mr. Baudry; la *Revista enciclopédica* (en colababoracion con el señor Escosura); *El Católico*, *El Museo Universal*, varias traducciones de Walter Scott, de Lamartine y otros auto-

res de nota, le valieron una inmensa reputacion en España y particularmente en América. De regreso á su patria en 1844, el señor Ochoa ha desempeñado varios cargos importantes, tales como el de *Bibliotecario* de la Nacional de esta córte, *Jefe político*, *Director de la Gaceta de Madrid*, *Censor de teatros*, *Director general de Instruccion pública y Consejero de Estado*. El gobierno ha premiado sus servicios en los diferentes ramos de la administracion con la gran cruz de *Isabel la Católica* y la Encomienda de número de *Cárlos III*.

Pertenece á la Real Academia Española desde el mes de Setiembre de 1844. Sus últimos trabajos literarios son *París, Londres y Madrid*, *Miscelánea* de literatura, viajes, etc., y una magnífica traduccion en prosa castellana de las *Obras completas de Virgilio*, que es uno de los libros más importantes publicados en España en lo que va de siglo.

EL SAUCE

Un jóven volvía del campo una tarde fatigado del penoso trabajo de todo el dia, pero satisfecho y contento de haber trabajado tanto. Cuando la conciencia está tranquila, siempre se está alegre, y nuestro jóven lo estaba.

Llegó cerca de un arroyo poco profundo, pero rápido, y vió que á una de las orillas habia un sauce muy bello y que prometia serlo mucho más, pero estaba casi dentro del arroyo y amenazado de sucumbir á impulsos del agua que iba rápidamente descubriendo las raíces. El jóven se detuvo pen-

sando en la triste suerte que esperaba al sauce. Un buen corazon se interesa hasta por los árboles.

—¡Hombre! se dijo, fácilmente podría yo hacer un gran favor á ese sauce.

Y dicho y hecho; en seguida preparó estacas, y con ellas rodeó el sauce entrelazándolas con ramas para oponer un dique insuperable á la corriente; enderezóle luego, le afirmó con tierra y le dejó completamente seguro.

Acabada su obra, contemplóla con satisfaccion, y le parecia que el arbo-



Ya ven Vds. que afanadas están las dos madrecitas vistiendo á las niñas, es decir á las muñecas.

Es preciso que la mamá vea que ellas también son mujeres, vamos al decir, de su casa, y saben cuales son los deberes de buenas madres.

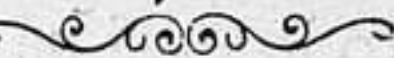
lito le daba gracias por sus buenos sentimientos.

—Este árbol me deberá la vida, se dijo, y siguió su camino tan contento, mucho mas contento que antes, y sin sentir apenas la fatiga del trabajo pe-

noso en que habia estado ocupado todo el dia.

Si hacer un beneficio á un árbol, dá satisfaccion al espíritu, ¿cuánta no será la que sienta el que hace un beneficio á su semejante?...

DOS GLORIAS



(SONETOS)

LA DE DIOS.

¡Él solo es grande! Su divino acento
Sacó los mundos de la oscura nada.
Con la célica luz de su mirada
Los ástros inflamó del firmamento.

Vióse la tierra al soplo de su aliento
Por inúmeros seres habitada:
Dictó á la Creacion, ante Él postrada,
La ley de su inefable pensamiento.

Cuanto es y ha sido, en himno misterioso,
Cantan su incontrastable omnipotencia,
Loando al par prodigio más hermoso:

Libre hizo al hombre con sin par clemencia:
Dióle, en el Hijo, Redentor glorioso;
Y eterna palma le dejó en herencia.

LA DEL HOMBRE.

¡Débil nace! Tristísimo vagido
Es de su aliento la señal primera:
El dolor con sus lágrimas le espera,
Aspid entre las flores escondido.

Con sudor de su frente desprendido
Come su pan en la vital carrera:
Dardo invisible de la muerte fiera
Cuando sueña en gozar le postra herido.

Mas si nunca al vivir dichas alcanza
Su corazon, para gozarlas hecho,
Vida inmortal le anuncia la esperanza;

Pues le dice una voz dentro del pecho:
«Te hizo Dios á su propia semejanza,
Y á su eterna vision tienes derecho.»

ANTONIO ARNAO.